

## **CAPÍTULO SEXTO**

### **ÁFRICA**

## ÁFRICA

Por ALEJANDRO CUERDA ORTEGA

En el año transcurrido (2002) no han sido muchas las noticias llegadas del África Subsahariana que hayan concentrado la atención mundial. La mayoría de ellas pesimistas, como suele ser lo habitual, tampoco han conmovido especialmente al mundo desarrollado, que no las recibe como novedades y tarda poco en olvidarlas. Muchas personas, en Occidente, se preguntan si vale la pena esforzarse para mejorar la suerte de ese continente en permanente sufrimiento, que ve lejano, a pesar de que el mundo entero se ha hecho hoy pequeño y próximo; pero esa África Negra es la de 650 millones de seres humanos que esperan; muchos de ellos, el sustento del día; otros, la llegada de la ayuda de los poderosos; otros más, la ocasión de huir al mundo blanco, o tan solo a las grandes ciudades próximas, que crecen, así, de forma descontrolada, en enormes bolsas de pobreza; otros, ciertamente, esperan alguna mejora en sus vidas o en su entorno, quizá no gran cosa, pero probablemente ilusionados, porque la población africana es mayoritariamente joven y se contenta con poco; y muchos de ellos ya sólo esperan el final de su existencia, porque son 340 millones los que viven con menos de un dólar al día y 24.000 los que mueren de hambre en el mundo, también cada día.

Es bien sabido que, en las precarias condiciones en que viven muchos pueblos del África Negra, cualquier alteración climática importante supone una amenaza para la vida de miles de personas, que sólo cuentan con los frágiles productos de la tierra. Es el caso, esta vez, del África austral, donde inundaciones primero y sequías después han arrasado las cosechas y 13 millones de personas, un 43% de la población, han estado ame-

nazadas de muerte por hambre. Se han producido llamamientos de los organismos mundiales competentes, en especial la ONU, para un socorro alimentario de urgencia. En septiembre, y especialmente en Malawi, los muertos se contaban por decenas de miles.

Pero esa fragilidad e incertidumbre sobre la elemental función que es alimentarse cada día se ha quebrado también otras veces, y en distintos lugares, por muchas otras razones, como son las guerras, la explotación de los débiles, el expolio de las riquezas, las persecuciones políticas, las plagas, las enfermedades que paralizan y la mala administración y la corrupción que va unida; es el citado caso de Malawi, donde 3,2 millones de personas padecen esa hambruna, que se vio incrementada por la venta fraudulenta de las reservas de cereales del gobierno a Kenia y a funcionarios de la administración a precios por debajo del coste, con pérdida de 40 millones de dólares. También el problema del hambre en la zona se ha agravado por el rechazo de varios países afectados a recibir cereales genéticamente modificados que les ofrecía el Programa Mundial de Alimentos (WFP) de las NNUU.

También se han sucedido los conflictos y enfrentamientos, las guerras, los desplazamientos masivos, la violencia como única dialéctica, que pueden verse en el siguiente resumen del África Subsahariana en el año 2002:

- *Angola*: La guerra, que duraba ya 27 años, llegó hasta abril, en que se firmó la paz. Continúa la insurrección de los guerrilleros del enclave de Cabinda. El país está devastado.
- *Burundi*: Continúa la cruel guerra civil, pese a los esfuerzos de NNUU y de N. Mandela.
- *República Centroafricana*: En octubre se reproducían viejos enfrentamientos, sofocados por las tropas del gobierno con ayuda de Libia.
- *Costa de Marfil*: Sublevación militar en septiembre con 340 muertos. En octubre se acordaba un alto el fuego. El país queda dividido en dos zonas, norte y sur.
- *República Democrática del Congo*: La cruel guerra de cuatro años podría haber llegado a su fin con la firma de la paz en julio con Ruanda. Se han retirado las tropas invasoras de cinco naciones, pero en el país abundan las facciones rebeldes, los odios, las armas y las riquezas, una combinación inquietante para un gobierno muy débil.

- *Guinea-Conakry*: Constantes escaramuzas de guerrillas en la frontera con Sierra Leona y Liberia.
- *Liberia*: Enfrentamientos entre el gobierno y la guerrilla LURD (Liberianos Unidos por la Reconciliación y la Democracia). En septiembre y octubre se intenta la paz. 165.000 desplazados.
- *Senegal*: Prosigue la insurrección independentista de Casamance.
- *Sierra Leona*: La sangrienta guerra civil contra el FRU ( Frente Revolucionario Unificado) parece abocar su final. La ONU gestiona la retirada de MINUSIL (17.500 soldados). Hay miles de refugiados en campos de concentración y centenares de mutilados.
- *Somalia*: País dividido y dominado por los “señores de la guerra. En octubre se intentaba una reconciliación muy difícil. Siguen las venganzas y enfrentamientos esporádicos.
- *Sudán*: 19 años de guerra del Norte musulmán contra el Sur cristiano. Se acuerdan treguas que duran horas. Presión pacificadora de EEUU. En octubre, nuevo “alto el fuego”.
- *Uganda*: Diez años de acciones guerrilleras y matanzas apoyadas por Sudán.

Pero, hecha ya esa referencia a los aspectos negativos, que posiblemente haya que admitir como constantes del África Subsahariana por muchas generaciones venideras, ha de señalarse que son también muchas las circunstancias que alientan a la esperanza de evolución pacífica y de desarrollo, los signos de la paz; y lo que es realmente valioso y prometedor, la reiterada manifestación de organismos y dirigentes africanos de que han de abandonarse los egoísmos, los odios, los regímenes dictatoriales, la corrupción, la violación de los derechos humanos (DDHH); la imperiosa necesidad de volver las miradas y los esfuerzos hacia el pueblo y sus necesidades básicas; un empeño conjunto y solidario para lanzar las naciones al desarrollo, a la mejora de la producción y el comercio, reforzando la sociedad civil y rescatando la identidad africana, lo específico de su sociedad, sus valores y principios.

El 30 de julio se firmaba la paz entre Ruanda y la República Democrática del Congo (RD Congo) y dos meses más tarde se retiraban las tropas extranjeras. Va adelante, aunque con enormes dificultades, el proceso de reconstrucción de la paz y de la nación en una Angola devastada por 23 años de guerra civil. Se mantiene la solución del conflicto

entre Etiopía y Eritrea, otro de los anteriores horrores de África; también en Mozambique, que ha pasado de 16 años de contienda civil y de una posguerra marcada por enormes dificultades e inundaciones que estremecieron al mundo a un poderoso desarrollo. Se advierten signos positivos de paz en Sudán, en Costa de Marfil y en la caótica Somalia entre sus 22 facciones discordantes y enfrentadas. Son muestras claras de un proceso de pacificación en el continente que se debe tener en cuenta y apoyar con empeño.

En otro orden de cosas, la creación de la Unión Africana (UA) ha despertado ilusiones y esperanzas, al igual que el programa “Nueva Asociación para el Desarrollo Africano” (NEPAD), de los que más adelante se hablará. El continente necesitaba una gran causa unificadora de las fuerzas políticas, económicas y sociales y esos dos organismos lo son; ambos han de ser madurados, completados y llevados adelante con ilusión y esfuerzo, pero sus primeros pasos constituyen una promesa y en ellos ha de depositarse confianza y prestarles un decidido respaldo, como si se tratase de una última oportunidad para que África comience a caminar sola. Sorprende el entusiasmo compartido que han despertado y la extensión y resonancia que están teniendo las llamadas al buen gobierno.

Y no puede dejar de señalarse la buena noticia de que el desierto comienza a perder terreno en el Sahel, comprobado por comparación de fotografías de satélites; un aumento de verdor en zonas del sur de Mauritania, noroeste de Níger, norte de Burkina Faso, centro de Chad y parte de Sudán y Eritrea, lo que es realidad esperanzadora que ha permitido la vuelta de muchas familias de agricultores a las faenas del campo y a contar con un medio de vida.

Finalizando el año, y también estas referencias al África Negra, llega la noticia alentadora de que en la reunión ministerial de la Organización Mundial de Comercio (OMC) celebrada en Sidney (15 noviembre 2002) se alcanzó un acuerdo a favor de la producción y comercialización de medicamentos genéricos para combatir epidemias en el tercer mundo que, como el SIDA, la malaria o la tuberculosis, suponen un azote mortal para millones de personas. Esos pobres infectados no tenían otra actitud que la de esperar la muerte, casi siempre en el desamparo, por falta de medios para adquirir las costosas medicinas disponibles en el mundo desarrollado.

Por la valerosa decisión de la India y de Brasil, se había logrado que se autorizase la producción, en forma genérica, a muy bajo coste, de esas

medicinas patentadas para su exclusivo empleo en los países pobres, pero no se podían comercializar; por tal razón, las naciones carentes de laboratorios de medicamentos seguían privadas de ellas. Esa es la prohibición desaparecida; a partir de ahora, con los debidos controles, los países menos favorecidos por la fortuna y castigados por esas devastadoras enfermedades sí podrán adquirirlas para sus enfermos a precios muy bajos. El acuerdo deberá ser ratificado en la próxima reunión de la OMC, en Ginebra, a finales de año, pero nadie duda de que así será, pues ya ha llegado la noticia a millones de moribundos que ahora conocen la esperanza.

Finalizo estas observaciones iniciales con la afirmación de que el África Negra sí progresa; millones de hambrientos se han salvado; se han abierto muchos hospitales, escuelas y pozos de agua; la esperanza de vida ha aumentado en cuatro o cinco años; los gobiernos dictatoriales se ven acosados y aislados, y abren la mano; en muchas naciones ya se puede pedir y reclamar sin temor. Falta mucho aún por cambiar, por suprimir, una inmensa labor de educación y formación; pero sí vale la pena que el mundo occidental se siga esforzando por estos cientos de millones de seres humanos que no quieren volver a ser colonias, pero aún no saben andar solos.

## **PRESENCIA OCCIDENTAL EN ÁFRICA**

- *EEUU de Norteamérica.* — A lo largo del año, ha continuado manifestando interés por África, siguiendo la apertura que inició Clinton de forma decidida y que parece respalda el secretario de Estado Colin Powell en la forma que aquel definió: “Trade, not aid” (“comercio, ayuda no”). En mayo, EEUU aprobaba la “Ley de Oportunidades y Crecimiento para África” (AGOA), que produjo la primera reunión de George W. Bush, en Filadelfia, a finales de octubre 2001, con 30 países africanos y altos cargos de la administración norteamericana. Washington considera esta ley ventajosa, al promover el libre comercio y la apertura de mercados.

Bush dijo a los dirigentes africanos que “ninguna nación ha entrado por el sendero del rápido desarrollo sin abrir primero su economía a los mercados mundiales”. La ley permite a los países subsaharianos la exportación de sus mercancías a los EEUU en unas condiciones teóricamente ventajosas, aunque muchos observadores no ven esas ventajas. Para benefi-

ciarse de esa ley, los países africanos deben cumplir una serie de condiciones: eliminar la ayuda y el control de precios de determinados productos, intensificar los procesos de privatización en marcha y suprimir todas las barreras a las exportaciones e inversiones norteamericanas. Pero, aunque un país cumpla con todos esos criterios, tampoco tiene garantizada la exportación a Norteamérica, ya que esta puede negar el trato comercial preferente a alguno de esos productos africanos si considera que está en competición con otros iguales suyos o daña de algún modo sus intereses comerciales; entre esos productos vetados están, por ejemplo, el café y el azúcar, tradicionales cultivos africanos; y los textiles, si no están confeccionados con tejidos o hilos de procedencia norteamericana.

Otras consideraciones de la AGOA son de carácter político; los países africanos aspirantes a los beneficios de la ley han de respetar los DDHH y tener un buen gobierno democrático, a juicio de la administración Bush; el criterio de Washington para aceptar o no a un gobierno no parece muy claro ya que, por un lado, figuran en la lista de elegibles Ruanda, Uganda, Gabón, Guinea-Conakry, Chad y Madagascar, cuyo funcionamiento democrático es muy dudoso; y por otro, figuran como rechazados Costa de Marfil y Angola, que continúan siendo dos de los principales proveedores africanos de Norteamérica.

Pese a todo, el intercambio comercial va en aumento, habiéndose producido, en el año 2000, un incremento de exportaciones africanas a EEUU del 67,2%, y de EEUU a África solamente del 6,4%. Pero ha de saberse que los productos exportados por África son principalmente materias primas, como petróleo, metales valiosos, diamantes o hierro. Y el lema de Clinton se cumple, "trade, not aid", pues realmente el comercio aumenta y las ayudas no cesan de disminuir: la respuesta de EEUU a Kofi Annan, a su petición de ayuda para crear un fondo de lucha contra el SIDA, que se estima debe estar entre 7.000 y 10.000 millones de dólares, ha sido más bien escasa: 200 millones; y, de momento, no ha dado muestras de pretender reducir la deuda de los países africanos, que ronda la cifra de 300.000 millones de dólares.

Pero, ciertamente, Norteamérica parece decidida a mantener su presencia comercial en África; en abril, EEUU firmaba un acuerdo con ocho países africanos para animar las inversiones y promover reformas económicas, al tiempo que manifestaba su intención de disminuir las barreras comerciales a las exportaciones del continente negro, verdadera palanca para facilitar su desarrollo e insistente petición de sus líderes.

Y no se limita solamente al campo comercial o, quizá, su interés por lo comercial le lleva a interesarse también por otros problemas africanos: en el primer semestre de este año, el entonces secretario del Tesoro de los EEUU, Paul O'Neill, realizó una gira de doce días por cuatro países africanos —Ghana, Sudáfrica, Uganda y Etiopía— al final de la cual manifestó estar “muy impresionado y conmovido por todo lo visto y dispuesto a promover una actitud de colaboración con los países africanos”. Mas tarde, el presidente Bush aprobaba una ayuda de 500 millones de dólares para la lucha contra el SIDA en África. También concedía otra ayuda a Mali de 375 millones de dólares en el marco de un nuevo plan de cooperación (2003–2012) para salud, educación, descentralización administrativa y comunicaciones. Y es de mencionar la frecuencia de visitas de altas delegaciones norteamericanas a Sudán, en una valiosa labor de mediación pacificadora, en relación con la guerra civil que allí se desarrolla desde hace 19 años; bien es cierto que Sudán presenta otros aspectos de gran interés por su riqueza en petróleo y su cercanía a los focos del terrorismo islámico. Y ha de añadirse su permanente disposición a invitar y recibir a líderes africanos para hablar de democracia.

Hay, sin embargo, un aspecto de tonos sombríos en la política norteamericana en África, que contradice sus campañas de democratización y buenos deseos; este es su relación con Ruanda y Uganda. EEUU no ha tenido fuerzas en el continente africano en los últimos nueve años. Después del fracaso de la operación “Restore Hope” en Somalia, en 1993, no ha querido aventurarse a enviar nuevas tropas; ni siquiera lo hizo con motivo de las matanzas masivas en Ruanda al año siguiente, pese a que había indicios claros de que se preparaba una masacre; e hizo lo posible porque tampoco las NNUU interviniesen; y tampoco más tarde, en 1996, cuando se atacaron los campos de refugiados en el noreste de Zaire. Y, ya en tiempos recientes, la administración norteamericana no ha dudado en respaldar, incluso con asistencia militar, la ocupación de territorios que estas dos naciones han mantenido, durante años, en la zona oriental de la RD Congo; ocupación, por la fuerza de las armas, que ha sido la causa principal de desestabilización y de muchas atrocidades y que sólo se explica por el expolio de riquezas minerales que efectuaban y de las que se beneficiaban compañías norteamericanas y europeas.

Sin embargo, los sucesos del 11 de septiembre parecen haberles impulsado a reconsiderar esa actitud de no-intervención en África: tiene unos 800 soldados en Yibuti, en la base de origen francés “Camp Lemonnier”, unidades especiales antiterroristas; y fuerzas navales en estre-

cha y permanente vigilancia ante Somalia, donde sospecha la presencia de refugiados de Al Qaeda. También ha reactivado con Kenia el programa ACRI (African Crisis Reaction Initiative), lanzado por Clinton en 1996 para la formación y equipamiento de tropas africanas de intervención; altos cargos de las administraciones norteamericana y británica visitaron, a principios de año, al presidente de Kenia Daniel Arap Moi, al objeto de estudiar el posible establecimiento de una base anglo-norteamericana desde donde combatir el terrorismo asentado en Somalia; parece que Italia pretende sumarse también a esta iniciativa.

Tales iniciativas han supuesto nuevas preocupaciones para el Secretario General de las NNUU, Kofi Annan, que ve cómo la guerra de occidente contra el terrorismo no se circunscribe a los límites geográficos de Afganistán, como constaba en la correspondiente resolución del Consejo de Seguridad, sino que amenaza con extenderse a otras naciones.

- *Naciones europeas.* - A diferencia de Norteamérica, la diplomacia de los países europeos en África, con alguna excepción, casi ha desaparecido; y sus intereses por prestarle ayuda están bajo mínimos. Casi todas las naciones han disminuido su porcentaje de PIB para ayuda al desarrollo; acordado en las NNUU (1970) en un 0,7%, hoy día apenas alcanza la mitad de esa cuantía como media. Francia, la ex-potencia colonial más activa hasta ahora en el continente africano, aún manteniendo ese título, hace ya algunos años que inició su retirada, cuando empezó a percibir que era más una fuente de trastornos que una relación beneficiosa. En 1998 hizo oficial esa retirada por medio de una reforma institucional de su cooperación y el cierre de sus bases militares en algunos países africanos; buena parte tuvieron en esa decisión las consecuencias del genocidio ruandés de 1994, que pusieron en cuestión la política francesa en la región de los Grandes Lagos.

Francia parece, hoy en día, haber cedido claramente ante Norteamérica, aunque sin abandonar sus antiguos contactos ni el orgullo por su larga relación con aquel mundo y la defensa de la especificidad africana. El presidente Chirac invitaba a París, en febrero, a 13 jefes de Estado africanos con la intención de alentar la nueva iniciativa común de desarrollo NEPAD; en esa reunión se mostró preocupado por la escasa ayuda internacional que recibe África, que calificó de "inaceptable"; no se comprende bien esa preocupación cuando la propia Francia ha recortado su ayuda desde el 0,56% que entregaba en 1994 hasta el 0,34% de hoy.

Tampoco España se ha significado particularmente en este año por su dedicación a los problemas que aquejan al África Subsahariana; su esforzada dedicación a la presidencia de turno de la UE en la primera mitad de año, el enfriamiento de la economía europea en general y, sobre todo, sus esfuerzos financieros para lograr el equilibrio presupuestario —que finalmente logró— le restaron capacidad para dedicar mayores cuantías dinerarias a la ayuda al desarrollo (AOD) del tercer mundo. En los últimos años, España venía asignando a la AOD un escaso porcentaje del PIB, un 0,22; en este año ha incrementado en alguna décima esa asignación, aunque sigue siendo escasa. De esa ayuda, sólo el 19% se dedica a países del África Subsahariana. Lamentablemente, las penurias y urgencias que afligen a algunos países en desarrollo no dan margen para poder absorber carencias coyunturales en la economía de los países avanzados.

Como realidad destacable, aunque se están tratando aquí cuestiones de Europa, vale la pena mencionar cómo *China* se muestra activa en el continente africano; aunque no en el campo humanitario, sino en el puramente comercial y de expansión industrial, está acaparando proyectos y construcciones de infraestructura, en varios países, siempre que tiene ocasión. Sin mencionar sus actividades de años anteriores, que han sido varias, en octubre iniciaba la construcción de una presa en Etiopía con un coste de 224 millones de dólares.

- *La Unión Europea (UE)*.- A diferencia de las naciones europeas, consideradas aisladamente, la UE, como organismo multinacional, sí mantiene sus ayudas a países africanos necesitados, y quizá ésta sea la excusa para que sus naciones miembros se consideren justificadas en su recortada generosidad. La más temprana y significativa de esas ayudas se producía en 21 de enero con el PIN (Programa Indicativo Nacional) a la RD Congo por valor global de 120 millones de euros, que supone la vuelta oficial a la ayuda al desarrollo de esta nación, suspendida en 1991 a causa de las graves perturbaciones en el proceso democrático. Esta cuantía completa la suma de 200 millones de euros concedidos para ayuda humanitaria y rehabilitación del país.

Otras actuaciones han sido: diversos contactos y acuerdo de pesca con Senegal, el socio más importante de la UE en África Occidental, en junio (16 millones de euros al año). Ayuda humani-

taria de 95.000 toneladas de alimentos a Malawi. A Madagascar, 577 millones de euros en 5 años, un incremento del 40%, durante la visita de Romano Prodi al nuevo presidente Ravalomanana. En abril, el Consorcio Europeo para el Desarrollo y Ayuda Humanitaria realizó una gira por diversos países de Africa Occidental, reuniéndose con las correspondientes autoridades gubernamentales. Firma de un PIN con Cabo Verde dotado con 39 millones de euros para el período 2002-2007. Igualmente con Mauritania por 191 millones de euros; y otros.

Aparte de estos casos puntuales de ayuda material, también la UE, como tal organización con aspiraciones en política exterior, procura estar presente en las crisis y conflictos africanos, como mediadora, árbitro, consejera o promotora de los DDHH y de la infancia, muchas veces con notable éxito, como en el caso del seminario celebrado en Gabón, en septiembre, para la lucha contra el tráfico de niños.

Volviendo al caso de las naciones europeas consideradas aisladamente, su desinterés por África, y más dolorosamente ante su urgente y crítica situación de necesidad de alimentos, quedó tristemente demostrada con motivo de la II Cumbre Mundial de la Alimentación, convocada por la FAO (Food and Agriculture Organization), en Roma, en junio pasado. La primera cumbre se había celebrado en 1996, también en Roma, y en ella se firmaron una serie de compromisos con los que se quería reducir a la mitad, 400 millones, el número de personas hambrientas en el mundo para el año 2015, que hoy son 840 millones. La FAO presentó, en esta segunda cumbre, datos que venían a demostrar que el programa lanzado seis años antes está resultando un fracaso; la cifra de los afectados por el hambre se ha reducido, hasta hoy, en tan solo 30 millones, muy poco para el objetivo de reducir 420 millones en 20 años, que quedará como otra promesa incumplida por los países poderosos y un nuevo desengaño para los desheredados del mundo.

Se trataba ahora —junio de 2002— de recapitular sobre lo sucedido y poner remedios para relanzar el programa. Pero el mundo desarrollado pareció no estar interesado en el tema; frente al centenar de jefes de estado y de gobierno del tercer mundo presentes en la reunión, del poderoso mundo occidental solo se dignaron asistir dos: el anfitrión de la cumbre, Silvio Berlusconi, y el presi-

dente español, José María Aznar, por entonces presidente de turno de la UE. Es obligado mencionar que en ese día, como sucede a diario, fallecieron otras 24.000 personas de hambre. La credibilidad de Occidente quedaba seriamente dañada.

El presidente de Sudáfrica Thabo Mbeki, expresaba en voz alta su decepción:

*Todos los líderes de Europa occidental y de Norteamérica estaban aquí, en Roma, hace dos semanas, para discutir sobre la OTAN. Todos ellos, sin excepción, acudieron; pero no han venido ahora. Imagino que es porque no creen que el problema de más de 800 millones de personas que sufren de hambre sea importante.*

El propio Director General de la FAO, Jacques Diouf, decía:

*¿Cuántos jefes de Estado y de gobierno de países de la OCDE se han molestado en viajar a esta cumbre de los pobres? ¡Sólo dos, de un total de 29! Ese es el indicador de la prioridad que se da a la tragedia del hambre.*

Procede dejar constancia de que la delegación de EEUU en esta cumbre —con la tácita complicidad de la UE— se opuso a que en la declaración final constase la expresión “el derecho de todos los seres humanos a la alimentación”. Y también, que ninguno de los países occidentales que por entonces se encontraba en África, en actividades de extracción de materias primas no renovables, ha abandonado la explotación de esos recursos

## **EMIGRACIÓN A ESPAÑA**

El aspecto de la relación España-África que ha alcanzado mayores cotas de intensidad, esta vez en el sentido de perturbación y de esfuerzo de inusuales proporciones con bajo rendimiento, ha sido el de la inmigración ilegal. En el año transcurrido, España se ha visto literalmente aboradada por una continua llegada de inmigrantes clandestinos procedentes de las costas africanas; en sorprendente desafío a la hostilidad de la noche, al ámbito marítimo que la mayoría desconoce, a la cerrada vigilancia de las fuerzas de seguridad del gobierno español, a las inclemencias meteorológicas y a su fácil localización posterior, por la imposibilidad de ocultar sus rasgos raciales, se arriesgaban en embarcaciones rudimentarias y frágiles para alcanzar la costa de España, que es la de Europa. Es

claro que vienen apremiados por la necesidad, huyendo de la miseria de sus pueblos, pero el tributo de ahogados y desaparecidos alcanza cifras impresionantes.

Para mayor crudeza de estos dolientes episodios, que aún continúan, esas pobres gentes, que arriesgan todo por una mejora en sus vidas o las de sus familias que dejan atrás, han de abonar a los clanes y mafias de la emigración, por esa arriesgada e insufrible travesía, cantidades dinerarias desmesuradas. La forma en que logran reunir esas cuantías, que naturalmente han de abonar de forma inexcusable y por anticipado, es algo muy difícil de comprender; viene a suponer el equivalente al salario de 5 ó 6 meses del penoso trabajo que sólo unos pocos “afortunados” lograrán más tarde; pero en sus países de origen o de tránsito, donde han de conseguirlo para tener opción al viaje en “patera”, puede suponer el ahorro de 5 ó 6 años de esfuerzo y privaciones.

Cuando a todas estas penalidades se suma la circunstancia de que han de recorrer kilómetros, a veces miles, en las más precarias condiciones, para llegar a los lugares de embarque clandestino, la peripecia de estos desgraciados se convierte en algo inhumano. Sin embargo, como se decía al principio, la cuantía y frecuencia de estas llegadas suele calificarse de avalancha.

Cualquier persona, y también el gobierno español, tiende a apiadarse de estos seres humanos empujados a tanta penalidad por la miseria y la desesperación; pero eso no puede llevar a una entrada libre y descontrolada. África tiene 800 millones de habitantes y posiblemente más de la mitad quisieran vivir en Europa; aunque solo fuera la décima parte, su asimilación sería imposible. Resulta imprescindible una regulación de la inmigración y un control de las llegadas; el gobierno español ha emprendido y adoptado todo un abanico de medidas para desarrollar ambos cometidos y para lograr la pacífica integración social de los inmigrantes. Ha de tenerse en cuenta que no hay sólo un flujo africano sino también otro hispanoamericano, de similar densidad, aunque de muy distintas características, y otro de Europa del Este, con sus particularidades específicas pero también importante.

España establece, cada año, el cupo de inmigración asimilable en relación con los puestos de trabajo existentes y los elementos sociales disponibles para su integración, que en el 2002 ha sido de 32.000 personas. Habida cuenta de la existencia, en territorio nacional, de un considerable número de inmigrantes irregulares, sin control ni asistencia social alguna,

del orden de los 350.000, de los que el 70% son víctimas de explotación laboral, el gobierno ha llevado adelante, en los dos últimos años, cuatro procesos de regularización extraordinaria; como consecuencia, 428.924 extranjeros han logrado la legalización y, con ello, el permiso de residencia y el acceso al mercado de trabajo. Otros 250.000 han quedado fuera de ese proceso, no quedándoles otra opción que volver a sus países de origen, e intentar entrar de nuevo en España dentro de los contingentes anuales establecidos.

Al iniciarse el año, el número total de extranjeros con permiso de residencia se elevaba a la cifra de 1.243.919, un 3,11% de la población española, de los que 323.705 son africanos, un 0,81% del censo nacional. Es cuantía que ciertamente no resulta alarmante en sí misma, pero también es cierto que se ha producido en muy poco tiempo, que de ellos hay 102.595 en paro laboral, que aún existen 250.000 fuera de toda legalidad y que el ritmo de llegada sigue siendo muy alto, con un incremento del 34,72% en el último año; a Madrid llegan unos 9.000 cada mes.

Es evidente que esta cuestión de la inmigración ilegal, que tiene una faceta trágica en forma de vidas humanas perdidas, con lamentable frecuencia, en aguas del Estrecho; que suscita el rechazo de la sociedad próxima a los núcleos de extranjeros ilegales y que exige esfuerzos de integridad creciente para controlar las llegadas masivas, no tendría lugar de no existir las mafias del tráfico clandestino. El control de ese tráfico humano no debe hacerse solamente en los puntos de llegada, sino en las propias naciones de origen, ofreciéndoles, a cambio, puestos de trabajo para sus ciudadanos en las cuantías que las circunstancias permitan. A tal fin, el gobierno español ha firmado, o tiene en trámite, convenios con Marruecos, Argelia, Nigeria, Mauritania, Mali, Senegal, Costa de Marfil, Cabo Verde, Angola y Ghana.

## **LA CUMBRE DE MONTERREY**

La última sesión cumbre de la Conferencia Mundial de las NNUU para Ayuda al Desarrollo fue inaugurada en Monterrey (México) el 18 de marzo. Vaya por delante que la reunión terminó sin que se concretasen compromisos formales de ayuda, pero hubo novedades que pueden suponer un cambio trascendental de criterios.

Esta conferencia —como ya es sabido— se proponía solicitar una aportación financiera extraordinaria que permitiese reducir a la mitad la

pobreza del mundo para el año 2015, pero Norteamérica, en la persona de su presidente Bush, anunció que quería cambiar los criterios para un nuevo pacto, al que se adhirió la UE. Según manifestó, no habrá más dinero sin cambios en la estructura política y económica de los países pobres:

*Durante décadas —dijo— el éxito de la ayuda al desarrollo se medía por la cuantía de los recursos que se prestaban, no por los resultados que se obtenían. Ahora, derrochar dinero en un entorno fracasado ayuda poco a los pobres e incluso puede retrasar el progreso o las reformas.*

Concretó su propuesta en que para disminuir la pobreza hay que desarrollar el comercio; puso como ejemplo a Corea del Sur, China y Chile “países en donde el comercio ha reemplazado a la desesperación, abriendo oportunidades a millones de sus ciudadanos”. Una propuesta que sorprendió a muchos de los presentes, pero la realidad es que, al final, todos firmaron el “Consenso de Monterrey”, con la excepción de Fidel Castro de Cuba. En apoyo inmediato de la nueva política, la UE y EEUU prometieron ayudas de 8.000 y 5.600 millones de euros respectivamente, cifras importantes, aunque apenas suponen un 20% de lo que se necesita cada año. Los países europeos también se mostraron dispuestos a incrementar sus donaciones. La ayuda que España concederá, en el período 2001–2004 está cifrada en 7.000 millones de euros, más de 1.700 millones anuales, que supone un 0,28% del PIB, debiendo llegar al 0,33 en 2006.

## **LA CUMBRE DE JOHANNESBURGO**

A finales de agosto se celebró en Johannesburgo la cumbre sobre el Desarrollo Sostenible o “Cumbre de la Tierra”. Ha sido la mayor conferencia en la historia de la ONU, con la participación de más de 1.500 ministros de todo el mundo y unos 100 jefes de Estado y de gobierno; el presidente de EEUU no asistió. Esta vez sí, la UE mostró destacable interés en representación y argumentos; ciertamente, eran dos los grandes temas a tratar: la eliminación de la pobreza y la lucha contra el deterioro del medio ambiente, por lo que no puede decirse que la activa participación de la UE se debiera a uno solo de ellos.

Se trataba de dar continuidad a la cumbre anterior (1992) celebrada en Río de Janeiro; aquella cumbre de Río despertó grandes expectativas y de ella se salió con el convencimiento de que las naciones desarrolladas estaban seriamente dispuestas a ayudar a los países pobres en su lucha

contra la pobreza, pero las resoluciones adoptadas solo se quedaron en buenas intenciones, que no se han llevado a la práctica.

En esta ocasión, la UE había preparado sus intervenciones y propuestas con empeño y convencimiento de la necesidad de avanzar decididamente en ambos frentes, en poner remedio eficaz para la desaparición de las enormes bolsas de pobreza existentes en el mundo y en afianzar su liderazgo en la defensa de la naturaleza y contra el cambio climático provocado, como quedó plasmado en el Protocolo de Kioto. Sólo se hará referencia aquí a la primera de esas aspiraciones, pobreza, agua, salud, agricultura; que tan directamente atañen a la situación en África.

Era una cita clave para alcanzar acuerdos concretos que permitiesen cumplir el objetivo fundamental de lo que se ha dado en llamar la Declaración del Milenio: reducir a la mitad, en el tiempo que queda hasta el año 2015, el número de personas que viven en la más extrema pobreza. La UE centró sus mayores empeños en el problema del agua, ante la realidad de que millones de personas mueren cada año por no tener acceso al agua potable y 1/3 de la población mundial vive en países con agua insuficiente para hacer frente a sus necesidades básicas de consumo e higiene. Su objetivo fue que en el año 2015 haya quedado reducido a la mitad el número de personas sin agua, asignando a este objetivo la cantidad de 1,4 billones de euros a invertir en 2003, con aumento en los siguientes años.

En esta ocasión, los países africanos, y también muchos de los otros asistentes, no perdieron la ocasión de manifestar a Norteamérica su descontento por su política, que consideraban insolidaria con los grandes problemas de la humanidad. Colin Powell, Secretario de Estado, al frente de su delegación, tuvo que escuchar sonoras protestas al iniciar su discurso y algunos de los presentes abandonaron la sala; no se trataba solamente de que el país más poderoso del mundo dirigía la palabra a los representantes de 815 millones de hambrientos; o que su presidente hubiese optado por no estar presente en el “foro del hambre”; es que, además, la política norteamericana de subsidios a sus agricultores supone una grave dificultad para el comercio de la producción agrícola y textil de los países del tercer mundo; que EEUU no había querido firmar el Protocolo de Kioto; y que es la nación que menos esfuerzo dedica a la ayuda al desarrollo, con solo un 0,11% de su PIB.

Pero Norteamérica supo apagar las críticas con dinero para los más necesitados y presentó cinco iniciativas de ayuda con respaldo financiero: canalización del agua, con 970 millones de dólares en 3 años; acceso

a la energía, con 43 millones en 2003; lucha contra el hambre en África, a la que asignó 90 millones de dólares en 2003; protección de las selvas del Congo, con 53 millones en 4 años; y lucha contra el SIDA, tuberculosis y paludismo, con un respaldo de 1.200 millones de dólares en 2003.

Esta cumbre de Johannesburgo tuvo escaso éxito en sus aspiraciones, como viene sucediendo; “resultados muy ambiguos”, dijo Kofi Annan; sin embargo, se alcanzó el compromiso del agua entre gobiernos y empresas: salvar de la sed a la mitad de los que carecen de ella para el año 2015.

## **NUEVOS ORGANISMOS EN ÁFRICA**

- *La Unión Africana (UA)*.- Fue inaugurada oficialmente en Durban (Sudáfrica), el 9 de julio de este año, ante 40 presidentes de Estado o Gobierno y el Secretario General de las NNUU. Promovida principalmente por Muamar el Gadafi de Libia, tomando como referencia la UE, y después de un largo período de negociaciones y acuerdos, iniciaba su andadura esta nueva organización multinacional, que substituye a la antigua Organización para la Unidad Africana (OUA), que ese día, y en ese escenario, celebraba su 38ª y última cumbre.

La OUA fue fundada en 1963 con vocación panafricana y con gran ilusión por los “padres” de la emancipación colonial. Su existencia, sin embargo, había ido languideciendo hasta la inoperancia casi absoluta y de espaldas a la realidad. En palabras de Yoweri Museveni, presidente de Uganda, se había convertido en “un sindicato de dictadores y delincuentes”. La OUA nunca se esforzó en promover la libertad y el progreso, ni la emancipación política y económica de África, que eran los fines que presidieron su fundación. Con la excusa de “no-injerencia en asuntos internos”, no consiguió prevenir ni terminar con uno solo de los muchos conflictos que han atormentado, tan frecuentemente, al continente negro; ni pasó de la retórica en las guerras de liberación que sostuvieron algunos países contra sus metrópolis; ni defendió las libertades, llegando a ser integrada, e incluso presidida, por notorios dictadores y genocidas.

La nueva UA pretende copiar el modelo de la UE, aunque no ha establecido ninguna condición obligatoria y excluyente en cuanto al carácter democrático de sus miembros, sin la cual no podrá lle-

gar nunca a esa ansiada semejanza. Sí ha previsto un comité para comprobar el grado de democracia y de respeto de los DDHH de sus Estados-miembro, pero también se ha establecido que la pertenencia a dicho comité es voluntaria y sólo sus componentes podrán ser controlados; Gadafi se ha apresurado a declarar que a él no le vigilará nadie.

Sin embargo, la recién nacida UA ha tomado ya algunas decisiones de gran calado y la primera ha sido abordar el problema de la corrupción, que parece le está costando al continente alrededor de 148.000 millones de dólares al año. En septiembre se aprobaba en Addis Abeba (Etiopía) un proyecto, en estudio desde hace un año, por el que se invita a todos los funcionarios a declarar sus bienes al tomar posesión del cargo y a una conducta ética; deberá ser ratificado por los Jefes de Estado en la próxima cumbre, a celebrar en Maputo (Mozambique) en 2003.

Ciertamente, existe una voluntad seria, por parte de algunos líderes, de solucionar los grandes problemas crónicos del mundo africano, pero también existen dudas sobre la posibilidad de lograrlo, habida cuenta de la serie de vicios, modos y arbitrarias imposiciones que han sido, durante muchos años, el modo de gobernar. Kofi Annan ha sugerido a los dirigentes africanos evitar toda complacencia; les ha recordado la inmensidad del continente, el subdesarrollo económico, sus deudas y su herencia de guerras; y les invitó a ratificar el proyecto de un parlamento que dé, a la UA, un poder legislativo.

La recién nacida UA tendrá un período de transición y rodaje de un año. Los documentos presentados hablan de estructuración y del reglamento interno de los 4 órganos principales: la Conferencia de Jefes de Estado, el Consejo Ministerial Ejecutivo, la Comisión y el Comité de Representantes Permanentes. Tendrá también su propio Parlamento, su Banco Central, un Consejo de Seguridad y una Fuerza para el mantenimiento de la paz. Se apoyará en la Nueva Asociación para el Desarrollo de África (NEPAD).

Marruecos, uno de los fundadores de la OUA, se ha negado a integrarse en la asociación mientras esta admita en su seno a la República Árabe Saharaui Democrática con rango de nación independiente.

- *Nueva Asociación para el Desarrollo de África (NEPAD)*. Parece que esta nueva asociación, NEPAD, arranca con buen pie. Creada en el

año 2001, en el seno de la naciente UA, por iniciativa de varios líderes africanos alentados por el presidente sudafricano T. Mbeki, se inspiró en el “Plan Marshall” norteamericano para la reconstrucción de Europa tras la II Guerra Mundial. Su propósito no es el aumento de la ayuda humanitaria que reciben sino promover las inversiones extranjeras en el continente, favoreciendo al propio tiempo la salida de los productos africanos al mercado mundial. Los cuatro países miembros que forman la dirección son Sudáfrica, Argelia, Nigeria y Senegal.

El optimismo que acompaña sus primeros pasos se debe a que ha encontrado una particular buena acogida en los principales organismos mundiales, quizá porque, por primera vez, se trata de promocionar nuevos mercados africanos en lugar de la acostumbrada petición de ayuda humanitaria. El 25 de marzo se reunían en Abuja (Nigeria) sus dirigentes para establecer las prioridades de la NEPAD y acoplarlas a los programas de desarrollo de la comunidad internacional, para su posterior presentación en la cumbre del G8 en Canadá. Se definieron cuatro sectores prioritarios: la agricultura y el acceso a los mercados internacionales; infraestructuras (agua, transporte, energía y tecnología de la información); flujo de capitales y desarrollo humano (sanidad y educación).

Entre el 15 y 16 de abril se celebró en Dakar (Senegal) una conferencia sobre la financiación de la NEPAD, con la participación de 30 dirigentes africanos y 800 representantes de organismos internacionales y empresas privadas, 50 de ellas norteamericanas. El Banco Mundial se manifestó muy interesado, apoyando las recientes decisiones de Monterrey. Pero, al ser la financiación del plan la piedra angular de su instauración y puesta en marcha, fue en el mes de junio, en la cumbre del “Grupo de los Ocho” (G8), en Canadá, cuando logró la NEPAD el primer éxito significativo; ante la insistencia solidaria del primer ministro canadiense y las promesas de apoyo por parte de EEUU, los representantes de los ocho países más ricos de la tierra reconocieron que no pueden seguir siendo pasivos observadores de la gran miseria que azota a millones de africanos y se decidieron a respaldar a la NEPAD.

Los líderes del G8 pidieron a los cuatro Jefes de Estado africanos presentes que preparasen un plan para lanzar la asociación, advirtiéndoles que su esfuerzo se limitaría únicamente a naciones africanas que abriesen sus puertas a la inversión extranjera y que, en lo suce-

sivo, defiendan principios de buen gobierno con sistemas democráticos y respeto de los derechos humanos. También dejaron claro que las aportaciones que hiciesen estarían controladas al máximo, para evitar la repetición de algunos casos anteriores de despilfarro e ineffectividad.

Suscribieron un plan de financiación que establecía que la mitad de la AOD comprometida en Monterrey, 12.000 millones de dólares, se dedicase al conjunto de los 53 países africanos; además, concretaron un esfuerzo suplementario de 1.000 millones de dólares para reducirles la deuda exterior y avanzar en el camino de su anulación total a los países más endeudados y a los más afectados por la caída de los precios de las materias primas. Las donaciones fueron encabezadas, en cuantía, por Japón y Norteamérica. Era sólo el comienzo, aunque muy alentador. A mediados de septiembre, la Asamblea General de las NNUU dedicó una sesión especial a África y, más concretamente, a examinar la NEPAD.

## **EL PETRÓLEO EN ÁFRICA**

No es novedad de este año la existencia de petróleo en África, pero sí lo es la aparición de nuevos pozos —con las consiguientes negociaciones de explotación— el trazado de un oleoducto de extensión internacional y algunos litigios por delimitación de líneas fronterizas poco claras, que hasta ahora no habían constituido motivo de fricción ni de recurso a una corte internacional, pero que, al aparecer petróleo en ellas, se han convertido en posibles focos de crisis. Pero, por encima de estas circunstancias, que no llegarían por sí solas a concentrar la atención mundial, procede señalar la alteración que ha supuesto en el campo de los intereses estratégicos de algunas grandes potencias, que parecen decididas a mover sus fichas para ocupar posiciones de preferencia que les garanticen el aprovisionamiento de estas nuevas fuentes de energía.

Es el caso que los nuevos yacimientos aparecidos se encuentran en el entorno del Golfo de Guinea, donde ya existía una importante producción, pero ahora, con las bolsas encontradas, se incrementa el carácter de objetivo estratégico que ya tenía la zona. Ese interés se multiplica ante la consideración de que el Oriente Próximo, hasta ahora fuente básica del suministro a Occidente, es una región políticamente inestable, en permanente conflicto, con dirigentes cada vez más exigentes y volubles y que,

en algunos casos, no ocultan su animosidad creciente hacia el mundo occidental y, más concretamente, hacia EEUU. Para hacer la región aún más inasequible o insegura, el terrorismo islámico parece haber implantado allí sus cuarteles, sin un claro rechazo por parte de los países vecinos y con proclamas y contundentes amenazas de daño a los intereses norteamericanos y de sus aliados. Estas circunstancias negativas no se dan en el caso del petróleo africano.

El cálculo de reservas de crudo en el Golfo de Guinea, hasta Angola, es el siguiente: *Nigeria*, 28.000 millones de barriles; *Angola*, 7.000 millones; *Sao Tomé y Príncipe*, 4.000 millones; *Gabón*, 2.500 millones; *Congo-Brazaville*, 1.500 millones; *Chad*, 1.000 millones, que comenzará pronto a bombear 200.000 barriles diarios por un oleoducto de 1.070 kms. que, a través de Camerún, alcanza la costa; *Guinea Ecuatorial*, 500 millones de barriles y *Camerún*, 400 millones. Es decir, unas reservas localizadas y medidas de unos 45.000 millones de barriles, sin contar con el que también existe, en menores cantidades, en Costa de Marfil, RD Congo y Benín, todos ellos en la misma zona.

Esa cantidad es, aproximadamente, solo 1/6 de los 261.000 millones de barriles de Arabia Saudí, pero manifiestan los expertos que las oportunidades de expansión son muy altas; Guinea Ecuatorial ha pasado, en seis años, de 17.000 barriles de producción diaria a 300.000; y sigue apareciendo petróleo en Mauritania, desde el año 2001, y en la República Centroafricana; y Marruecos acaba de conceder una controvertida licencia de prospección en aguas en disputa del Sahara Occidental.

Además de la existencia de esas cantidades y de las buenas perspectivas de incremento, el petróleo tiene aquí otras ventajas: es de buena calidad, "alto grado", con poca cantidad de azufre, lo que facilita su refinado; se encuentra concentrado en el Golfo de Guinea, es decir, frente al Atlántico abierto, sin estrechos o pasos restringidos que afecten al transporte marítimo de algún modo, como es el caso de Suez, Mar Rojo, Bab-el-Mandeb, Ormuz y Gibraltar en el caso del petróleo de Oriente Próximo; abundan las perforaciones y explotaciones marítimas, por medio de plataformas flotantes, lo que supone una mejor vigilancia, protección y control, tanto de las plataformas como de los petroleros que realizan el transporte.

Las compañías explotadoras Total-Fina-Elf, Royal Dutch Shell, Texaco, Agip y otras menores llevan ya mucho tiempo en la región, pero los acaparadores de las nuevas explotaciones son los gigantes nortea-

americanos Exxon Mobil y Chevron y la independiente Amerada Hess. Las firmas americanas han sido especialmente complacientes con los dirigentes de los países de reciente producción, como Guinea Ecuatorial. El petróleo africano, incluido el del norte del continente, cubre un 15% de las necesidades norteamericanas y se espera llegue a un 25% en el 2015, una de las fuentes de petróleo y gas de mayor crecimiento para aquel mercado.

Toda esa considerable producción de petróleo proporciona a esos empobrecidos países africanos, además de una alta contaminación y daños irreparables al medio ambiente, miles de millones de dólares que debieran de repercutir en la atención de áreas tan necesitadas como la educación, infraestructuras y salud, lo que en demasiados casos no ha ocurrido. Nigeria ha exportado petróleo por valor de 320.000 millones de dólares en los últimos 30 años, pero apenas pueden encontrarse otras mejoras en infraestructuras que algunas carreteras descuidadas y varios polideportivos. Unos de sus últimos dirigentes, el general Sani Abacha, que falleció en 1998, se cree hizo una fortuna personal superior a los 4.000 millones de dólares.

Angola es otro caso: a primeros de octubre pasado, un informe del FMI daba a conocer que habían desaparecido 4.000 millones de dólares del presupuesto del estado en los últimos cinco años. Se teme que esa enorme masa de dinero que está entrando en África provoque la codicia de los dictadores.

## **COMENTARIO**

Hay que mantener la esperanza de que África no va a ser siempre un problema y que va a salir de la precaria situación que conocemos. Cuenta para ello con enormes recursos humanos y sus materias primas son codiciadas por muchos países desarrollados. Su joven población —más del 50% del África Negra tiene menos de 20 años— es un factor de esperanza. Pero sin ayuda, África no puede construir un futuro mejor. Hay que admitir que, aunque algunas intervenciones externas han sido valiosas, otras han contribuido a la desorganización y la corrupción. Hay muchos africanos empeñados en superar las dificultades sociales y económicas que retrasan el desarrollo del continente. La educación a todos los niveles es, sin duda, la clave para el futuro de África.

## **DOS GUERRAS ACABAN (DE MOMENTO) Y UNA EMPIEZA**

### **Angola (1.246.700 Km)**

El 22 de febrero caía muerto, en combate contra las fuerzas del gobierno, Jonás Savimbi, el mítico líder del movimiento UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola). Había luchado durante 27 años contra el MPLA (Movimiento Popular de Liberación de Angola) y su líder, y presidente de la nación, José Eduardo Dos Santos.

El MPLA había sido un movimiento marxista apoyado por la URSS y por Cuba. UNITA nació para lograr la independencia de Portugal y, una vez Angola libre, recibió las simpatías y el apoyo del mundo occidental, particularmente de Norteamérica, en su lucha contra el comunismo. Hace ya muchos años que cesaron aquellos apoyos y simpatías; en algún caso, cambiaron de bando, como ocurrió con Norteamérica, se dice que cuando apareció petróleo en inmensas cantidades en el feudo de Dos Santos. Pero continuó una guerra devastadora que sumió al país en el dolor y la miseria más crueles.

La noticia de la caída de Savimbi hizo salir a las gentes a la calle, vestidas de blanco de fiesta, en las ciudades dominadas por el gobierno; pero en toda la nación surgió la esperanza de que podría haber llegado al fin la paz, y se vieron juntas las banderas de UNITA y del MPLA. El 12 de marzo caía también Antonio Dembo, sucesor de Savimbi. Al día siguiente, el gobierno ordenaba suspender las acciones contra UNITA y pedía negociar, prometiendo una amnistía si dejaban las armas; dos días después se alcanzaban los primeros acuerdos. El 31 de marzo se firmaba el alto el fuego y enseguida el Parlamento aprobaba una ley de amnistía para los rebeldes. El 4 de abril se proclamaba la paz.

Finalizaba así una guerra despiadada que ha durado 27 años, con abundante disposición de material bélico en ambos bandos, que el MPLA financiaba con la venta de petróleo y UNITA con la de diamantes. Las posturas irreconciliables, la pronta rotura de los intentos de tregua por la intransigencia de Dos Santos y los odios acumulados por el inmenso daño sufrido en ambas partes no dejaban otro margen a la esperanza que la muerte de alguno de los dos líderes, como así ha ocurrido.

Abandonadas las armas, queda el siguiente resultado: un millón de muertos en una población de 13 millones de habitantes; 4 millones de huidos y desplazados dentro de la nación, que ya se han puesto en movi-

miento en busca de lo que pueda quedar de sus propiedades. Un país devastado, arrasado, sembrado con 4 ó 5 millones de minas que impiden el imprescindible cultivo de los campos y provocan unas 60 bajas al día, entre heridos y muertos. El 78% de la población rural vive en la pobreza y en la mayoría de los núcleos de población no queda otra actividad que escharbar en la basura; y a esas ciudades se acercan miles de hambrientos con la esperanza de encontrar algo que les permita subsistir; muchos mueren de hambre cada día. Angola ocupa hoy el último lugar del mundo en supervivencia infantil, con unos 300 niños fallecidos antes de los 5 años de cada mil nacidos vivos.

Las NNUU, la UE, las ONG; y muchos otros organismos internacionales han lanzado llamamientos pidiendo socorros urgentes. El Banco Mundial prometía en septiembre 120 millones de dólares para ayudar a la reconstrucción. El WFP (Programa Mundial de Alimentos) asistió en septiembre a 1,5 millones de angoleños y en octubre a 1,8 millones; las personas que precisan asistencia diaria y urgente son 4 millones. El país necesitaba en julio 171 millones dólares con urgencia para atender a lo más apremiante. La UE comenzó ya en Mayo a entregar ayudas por valor de 125 millones de euros; las ONG iniciaron las vacunaciones de 172.000 niños.

Referencia aparte merece el caso de las tropas desmovilizadas de UNITA; se trata de unos 55.000 combatientes. Según el Protocolo de Lusaka, que establece las condiciones para la paz, unos 5.000 soldados y mandos de UNITA han de ser integrados en el ejército nacional. Es imprescindible lograr la pronta reinserción en la sociedad de los restantes 50.000.

Para ello, el gobierno ha creado un Servicio Especial para la Reconstrucción Nacional, una de cuyas prioridades es proporcionar alojamiento a los combatientes de UNITA y sus familias; y también dedica su atención, como es de obligada lógica, a la resolución de los problemas de las víctimas de la guerra, adquisición de víveres y útiles agrícolas, y rehabilitación de la infraestructura, en especial los hospitales. Hoy UNITA es tan solo un partido político desarbolado y sin apoyos.

Al propio tiempo, no descuida el enclave de Cabinda —separado del territorio nacional, entre el Congo/Brazaville y la RD Congo— con una considerable riqueza en petróleo y que combate desde hace varios años contra la metrópoli por su independencia. También la ONU ha creado una comisión conjunta para apoyar y controlar el proceso de paz, así como

para hacerlo compatible con las medidas correctoras de la crítica situación humanitaria.

Angola es hoy mucho más pobre que cuando alcanzó la independencia; finalizados estos 27 años de guerra, se encuentra en situación de extrema necesidad. Pero es que han sido también 23 años de gobierno incompetente y corrupto. Pese a las enormes riquezas naturales de esta nación en petróleo, oro y diamantes, el Banco de Angola no tiene hoy ni oro ni divisas; la inflación es del orden del 325%, su PIB per cápita, al cambio corriente, es de unos 700 dólares, y gran parte de la población subsiste con el socorro mundial. La inmensa masa de dinero que ha recibido por la venta de petróleo parece haberse destinado, en su mayoría, a financiar la guerra y a depósitos incontrolados.

Con la atención de los organismos mundiales centrada en Angola y con el anuncio de elecciones, se oyen ahora proclamas de buen gobierno. Ciertamente, con la finalización de la guerra han desaparecido las excusas de la compra de material bélico que permitieron enriquecimientos cuantiosos. Si realmente llega a Angola un gobierno limpio y transparente, las investigaciones sobre el pasado inmediato pueden proporcionar a Jonás Savimbi la victoria que no obtuvo en vida.

### **República Democrática del Congo (RD Congo)**

Como es sabido, con el asesinato de Laurent Desiré Kabila, el 17 de enero de 2001, fue designado su hijo Joseph Kabila como sucesor. El nuevo presidente inauguró su mandato entrevistándose con los Jefes de Estado de las tres naciones que habían apadrinado los acuerdos de alto el fuego de Lusaka de 1999 (EEUU, Francia y Bélgica) y al Secretario General de las NN UU; a todos ellos declaró su intención de instaurar la paz en la RD Congo y señaló como principal inconveniente la presencia de tropas extranjeras de seis naciones en su territorio, pidiéndoles ayudasen a su retirada, especialmente de Uganda y Ruanda, que luchaban contra su gobierno con 30.000 soldados.

Desde entonces no han cesado las tensiones, enfrentamientos y matanzas en aquel país. Joseph Kabila ha estado sometido a toda clase de presiones; su gobierno se ha caracterizado por la inestabilidad y la debilidad para poner coto a tantos desmanes. Una de las condiciones indispensables para recuperar la paz era establecer un diálogo entre todas las partes enfrentadas y la población civil, tratando de llegar a acuerdos

que hiciesen posible la convivencia, el llamado “diálogo intercongolesno”; Kabila ha intentado esos encuentros, que han sufrido toda clase de interrupciones, cancelaciones y desplantes.

Las NNUU no han sabido, o no han podido, actuar de forma clara, decidida y contundente en favor de la paz. No se pueden encontrar fácilmente argumentos para justificar esa pasividad; no se trataba, tan siquiera, de una injerencia en asuntos internos, pues, en primer lugar, abundaban las razones humanitarias; en segundo lugar, se había producido una invasión en fuerza en una nación soberana (Uganda y Ruanda); y finalmente, el presidente de la nación había pedido auxilio a las NNUU.

El Consejo de Seguridad de las NNUU se había limitado, aún el año 2001, a pedir la retirada de las tropas de los muchos grupos rebeldes enfrentados, y de las fuerzas de Uganda y Ruanda, a 15 kms. de sus posiciones sobre la línea del frente, lo que, con notable morosidad, finalmente se produjo para el mes de mayo de aquel año; poco significaba aquel cambio de posiciones para las verdaderas razones de su presencia en la RD Congo, que no eran otras que continuar con el expolio de sus riquezas. Incluso Angola y Zimbabue, que teóricamente estaban de parte del gobierno de Kinshasa, desde que fueron llamadas en su auxilio por Laurent D. Kabila, se resistieron al abandono de sus posiciones por las mismas causas inconfesables de Uganda y Ruanda.

Al comienzo del año 2002, con el mal presagio de la erupción del volcán Nyiragongo, que destruyó el 80% de la ciudad de Goma, precisamente en la zona fronteriza con Uganda, se mantenía aún en aquella región ocupada la triste situación de sufrimiento, masacre y desprecio de los fundamentales derechos de gentes ante la inoperancia de la comunidad internacional y con la complicidad interesada de algunos países occidentales, que obtenían beneficios de lo que allí estaba sucediendo. Finalmente, Uganda anunció la retirada de 10.000 de sus hombres, pero Paul Kagame de Ruanda mantuvo su pertinaz presencia en territorio congolesno, en abierto rechazo de las demandas internacionales y continuando su actividad depredadora.

Las atrocidades cometidas por las fuerzas de Ruanda en mayo de este año, en la zona de Kisangani, conmovieron de nuevo al mundo y fueron motivo de denuncia del gobierno de Kinshasa ante el Tribunal Internacional de Justicia (TIJ) de la Haya, al que pidió declarase a la nación invasora culpable de genocidio de 3,5 millones de congolesnos y la retirada inmediata de sus territorios. Kigali (Ruanda) no ha reconocido

nunca al TIJ y 15 días más tarde este se declaraba no competente en el caso y se abstenía de ordenar medida alguna. Las NNUU pidieron el establecimiento de un corredor de socorro humanitario en la zona y en Julio se reunían los dirigentes de la RD Congo y de Ruanda con Kofi Annan, en Sudáfrica, para intentar un acuerdo.

Junto a estos desmanes se dieron, en ocasiones, actuaciones contra los propios funcionarios de las NNUU presentes, con expulsiones del territorio, incluido el enviado especial del Secretario General para asuntos humanitarios, que fue declarado “persona no grata”, acusado de colaboración con las autoridades de Kinshasa; el Consejo de Seguridad se limitó a pedir el cese del hostigamiento de sus funcionarios.

Mientras todo esto sucedía, el proceso para la paz acordado en Lusaka (Zambia) intentaba mantenerse vivo, aunque con pasos cortos e inseguros, meritoriamente alentado por Sudáfrica, promotora también del citado acuerdo. Aparte de prescribir el inmediato cese de hostilidades, el desarme de los contendientes y la lógica retirada de todas las fuerzas extranjeras del territorio congoleño —descaradamente ignorada durante 21 meses— señalaba la indispensable celebración del “diálogo intercongoleño”, que había de reunir a los jefes de todos los grupos existentes en el escenario de los conflictos y a representantes de los estamentos civiles.

En enero de este año, Bélgica, antigua potencia colonizadora y, en buena parte, responsable de muchos de los sucesos de su historia posterior, organizaba en Bruselas una mesa redonda con los partidos políticos, sociedad civil congoleña y partes no beligerantes. Acudieron 85 representantes y delegados de la ONU, de la OUA y de la UE. Los reunidos llegaron a un pleno consenso sobre las elecciones a realizar, las instituciones de la transición, la futura constitución y el ejército nacional.

El 25 de febrero se abría este diálogo intercongoleño en Sun City (Sudáfrica) después de prolijas dificultades, recusaciones y exigencias; dos días más tarde se rompían las conversaciones, para reiniciarse al día siguiente. Los violentos combates en curso se esgrimían como circunstancia inaceptable para la continuación del diálogo, pidiéndose la expulsión de la sala de los funcionarios de Uganda y Ruanda. Por fin, el 6 de marzo se inicia el diálogo político en sesión plenaria, con 360 participantes y observadores de la ONU, OUA, Sudáfrica y Zambia. Dejando a un lado las muchas dificultades y enfrentamientos, ha de resumirse que los escollos en que se bloquea el proceso son el gobierno de transición y el nuevo ejército, en particular porque todos quieren los puestos principales.

La propuesta mayoritaria, y de apoyo internacional, de que sea Joseph Kabila el presidente de la transición, así como las mil otras cláusulas y particularidades negociadas, merecen por fin la aprobación de Uganda y sus partidarios en julio, en Pretoria y, lo que es el triunfo del proceso, también de Ruanda y los suyos posteriormente. Concluyen así ocho difíciles semanas de negociación y controversia. El 30 de julio, los presidentes de la RD Congo y Ruanda se daban la mano, cerrando oficialmente el acuerdo de retirada de tropas en el plazo de 90 días.

Logrado este gran paso básico e imprescindible, se quiere pasar inmediatamente a la fase de puesta en práctica de lo convenido, advirtiendo pronto las dificultades que presenta su ejecución. Ninguno de los acuerdos alcanzados, ni siquiera el protocolo inicial de Lusaka, establece cláusulas de desarrollo, cuando ciertamente existen algunas cuestiones de la máxima relevancia que no pueden ser improvisadas, como la desmovilización de fuerzas y la salida de tropas extranjeras. El contingente de las NNUU no tiene capacidad de control ni tampoco el mandato para obligar al desarme forzoso; tampoco el pequeño y desorganizado ejército congoleño.

Otra cuestión de la máxima gravedad es la aparición de un peligroso vacío de poder en las zonas que abandonan los ejércitos de Uganda y Ruanda. No hay efectivos para controlar ese enorme espacio plagado de guerrilleros e inundado de armas y deseos de venganza. El Secretario General de la ONU propuso en septiembre incrementar el contingente de MONUC a 8.700 hombres, lo que sigue siendo claramente insuficiente; en Sierra Leona, de tamaño 30 veces menor, la UNAMSIL dispuso de 18.000 hombres para igual cometido. El temor a que se desate la anarquía y la violencia lleva a las NNUU a pedir a Uganda que retenga una fuerza en la RD Congo.

Por fin se inicia la retirada de tropas extranjeras y el desmantelamiento de bases militares, entre el 28 de agosto, que inicia Zimbabue, y el 5 de octubre, en que Ruanda y la ONU anuncian el fin de la presencia militar extranjera en la RD Congo. Han salido tropas de Angola, Zimbabue, Burundi, Uganda y Ruanda, y se han replegado los guerrilleros may-may, hemas y lendus. El pueblo congoleño, atormentado durante cuatro años, contempló con satisfacción y cierto temor la salida de caravanas de tropas, artillería pesada, blindados, helicópteros y cientos de vehículos. El 29 de octubre, el nuevo gobierno de unión nacional iniciaba sus actividades. El proceso de paz se pone en marcha lentamente, con enorme fragilidad y multitud de problemas, rodeado de amenazas y ante la indiferencia internacional.

## Costa de Marfil

Al comenzar el año, la situación era de relativa calma. Un “Foro de Reconciliación Nacional” estaba mediando entre unos y otros. La situación económica había mejorado, se recibían algunas ayudas de organismos internacionales y el “Club de París” cancelaba 911 millones de dólares de su deuda y escalonaba los pagos pendientes; es de suponer que estos apoyos del exterior tenían el objetivo de reducir la tensión existente. Incluso se produjo una reunión de los cuatro personajes principales: el presidente Gbagbo, Outtara, el general Gueï y el presidente depuesto Bedie, lo que, aparentemente, produjo un efecto de moderación de las diferencias. Pero nada de esto fue suficiente para una plena reconciliación.

En julio, con motivo de unas elecciones para consejeros departamentales, volvieron a surgir las diferencias políticas, que llevaron a posturas más radicales, aunque no llegó a quebrarse la paz. Pero en septiembre surgieron los enfrentamientos sangrientos: el día 19, encontrándose el presidente de visita oficial en Italia, se produjo una sublevación de 750 militares en la que apareció muerto el general Gueï, el ministro del interior y 80 personas en la capital económica Abidjan, además de 150 heridos. Los amotinados fueron reducidos en la capital, pero se hicieron fuertes en Bouaké, segunda ciudad del país. El primer ministro se apresuró a declarar el fracaso de la intentona, con lo que el presidente Gbagbo continuó su visita en Italia. Desde el gobierno se señaló al fallecido general Gueï como el instigador del golpe.

Pero la rebelión no estaba sofocada. Los sublevados retuvieron Bouaké y además tomaron Korhogo, en el norte, dominio de Alassane Outtara, por entonces refugiado en la embajada de Francia en Abidjan. El gobierno comenzó a hablar de una “agresión exterior” y de una “guerra de ocupación”, dando a entender, sin declararlo, que detrás estaba Burkina Faso. Ante el temor por la suerte de sus compatriotas, Francia anunció el envío de más tropas, 70 paracaidistas, para reforzar el contingente de 600 hombres que ya tenía en Costa de Marfil, pero aclarando que no quería participar en la revuelta en ningún sentido. Para entonces, el número de muertos se elevaba ya a 270 y el de heridos a 300; los disturbios se incrementan y se producen centenares de incendios de casas, entre ellas la del principal opositor Outtara.

El 27 de septiembre, 8 días después del golpe de estado, el presidente Gbagbo regresa a la nación, que encuentra partida en dos, un sur leal

y un 40% del suelo patrio, al norte, en manos de los rebeldes. Burkina Faso, al norte, cerró sus fronteras para evitar verse implicada en los disturbios, aunque sus nacionales en Costa de Marfil estaban sufriendo represalias. La realidad es que Abidjan la señala como promotora de los incidentes. El presidente burkinabés, Campoaré, niega toda implicación y dice que asumirá sus responsabilidades si las autoridades marfileñas no garantizan la seguridad de sus súbditos, pero su embajada es asaltada y también las casas y tiendas de los burkinabeses, que en número de 200.000 abandonan la ciudad. La destrucción y el saqueo se generalizan. EEUU ordena a sus ciudadanos abandonar el país.

Nigeria, Ghana y Togo declaran su solidaridad con el gobierno de Costa de Marfil, como también lo hace la CEDEAO (Comunidad Económica de Estados de África Occidental) que ofrece mediar entre las partes y enviar un contingente de mantenimiento de la paz. A finales de septiembre, la CEDEAO, asistida por oficiales franceses, norteamericanos y británicos, se reúne con los mandos del ejército marfileño y con los de los sublevados, para mediar entre ellos y proponer el despliegue de una fuerza de interposición que controle un pretendido alto el fuego. Pero el presidente Gbagbo piensa de otra manera y está decidido a aplastar la sublevación; declara zonas de guerra las ocupadas por los sublevados y ordena a su ejército una contraofensiva para recuperar Bouaké, acción que en dos días fracasa. Sudáfrica envía 200 mercenarios para proteger al presidente y Angola también envía hombres y dos blindados.

A primeros de octubre se celebraban reuniones de los dos bandos en Lomé (Togo), donde se comprueba la intransigencia de ambos; los rebeldes no ceden ni el gobierno tampoco. Hay riesgo de implicaciones religiosas ya que el presidente siempre ha sido intolerante con las tendencias islámicas y los musulmanes se han puesto inmediatamente de parte de los sublevados. Lo que parece cierto es este conflicto perjudicará seriamente la frágil economía de Costa de Marfil y sus cultivos de cacao, del que es primer productor mundial.

## **Guinea Ecuatorial**

La antigua colonia de España en África. Según datos del año 2000, en los últimos cinco años el crecimiento de su PIB fue del 48,2%, un ritmo impresionante debido a la entrada en producción de sus importantes yaci-

mientos de petróleo. Sin embargo, la pobreza afecta al 75% de la población y parece que la corrupción se ha disparado; según el Banco Mundial, el enorme incremento de la renta en los últimos años solamente se ha concentrado en el 5% de la población.

Su presidente, Teodoro Obiang Nguema, en el poder desde 1979, ha bloqueado toda reforma tendente a liberalizar el régimen y hay abundantes denuncias de violaciones de los derechos humanos; la ONG norteamericana “Freedom House” ha situado a Guinea Ecuatorial en el cuarto lugar entre los once países con menos libertades del mundo. Pero su extraordinaria riqueza en petróleo ha vuelto indulgentes a algunas grandes potencias, como EEUU, que explota allí el crudo. En cuanto a España, después de años de frías relaciones y de actitudes inamistosas por parte del presidente ecuatoriano, en el 2001 reanudaba unos tímidos contactos.

El 14 de marzo saltaba la noticia de que las autoridades de Guinea habían procedido a la detención de 144 personas, acusadas de intento de golpe de estado. El presidente Obiang Nguema se ha rodeado siempre de una protección personal pretoriana, además de haber constituido un régimen policial y una red de información que alcanza a todos los rincones, por reservados que se hayan pretendido. En tales circunstancias, la información publicada por el ministro del interior para justificar esas detenciones de que *el Gobierno está soportando, en estos últimos días, provocaciones y actos de violencia por parte de la oposición radical* es difícilmente creíble, por la práctica imposibilidad de que haya podido fraguarse un movimiento disidente de tal entidad sin que la densa red de inteligencia haya detectado sus iniciales contactos y compromisos.

A las múltiples detenciones efectuadas, encabezadas por altos cargos políticos y militares recientemente destituidos, ha seguido un silencio absoluto por parte del Gobierno, al que se ha acusado de llevar adelante “una oleada de detenciones sin orden judicial”. Amnistía Internacional advertía, a finales de marzo, que los detenidos permanecían incomunicados y con peligro de ser torturados y ejecutados, lo que negó el portavoz del Gobierno.

El 23 de mayo comenzaba el juicio, al que asistió en observación una delegación española. El ministerio fiscal pidió ocho penas de muerte o de 30 años de reclusión por intento de atentado contra el presidente de la nación y de golpe de estado. Los abogados de la defensa se quejaron de graves anomalías. Finalmente resultaron 68 personas condenadas a penas de prisión entre seis y veinte años y 76 absueltas.

En otro orden de cosas, en abril se firmaba, entre Guinea Ecuatorial y Cuba, un proyecto de cooperación para la construcción en Malabo de la primera fábrica de productos alimenticios. También en ese mes, la Comisión de Derechos Humanos de las NNUU retiró a su representante en Guinea Ecuatorial ante la escasa colaboración del Gobierno de Malabo, animando al ejecutivo de Obiang Nguema a poner en marcha un plan de acción nacional sobre derechos humanos, con la asistencia técnica de la Alta Comisión.

En el ámbito del desarrollo social, es de señalar el panorama de profundas y humillantes diferencias que ofrece la capital Malabo entre la población autóctona, de 50.000 habitantes, y la parte acomodada, unas 500 personas que se han ido instalando a partir de la aparición del petróleo. En el primer caso se advierten calles sin asfaltar, desagües al aire, casas de tablas con techos de zinc, carencia de servicio de recogida de basuras y de transporte público, iluminación escasa y pobreza ostensible. La otra zona está compuesta por chalets, hoteles y coches de lujo y por grandes espacios verdes, con entrada restringida, a la que solo pueden acceder los guineanos que desempeñan allí oficios y trabajos domésticos, de limpieza, hostelería o cuidado de jardines.